



La Condición Femenina desde el Pensamiento de Simone De Beauvoir

Silvia Carnero

*“No se nace mujer, se llega a serlo”
Simone de Beauvoir*

Tengo ante mí el libro de Simone de Beauvoir “El segundo sexo”; he recorrido sus páginas, minuciosamente, interrogando a la autora, buscando ponerme en su piel, y comprender su análisis sobre la condición femenina.

Las reflexiones y denuncias de Simona de Beauvoir me convocaron también a mí a pensar sobre el lugar que, en esta contemporaneidad, ocupamos las mujeres en la construcción de la sociedad y la cultura. No sólo a nivel de pensamiento, sino, y principalmente, a nivel de la praxis. Me pregunto en este momento si elegimos nosotras qué lugar ocupar o, por el contrario, esos lugares ya están designados de antemano y las mujeres nos acomodamos en ellos pensando que fuimos las protagonistas de esa decisión.

Recuerdo haber leído sobre de Beauvoir y su vida con Sartre, que convivieron juntos hasta la muerte de él y jamás formalizaron su unión, tampoco tuvieron hijos. Ella fue una mujer comprometida ideológica y políticamente con su tiempo, una feminista. Para su época todo esto –y es sólo una pequeña muestra- era una verdadera bofetada a una sociedad en la que el casamiento, la vida de hogar, y la maternidad para las mujeres era lo establecido, lo que “debía ser”.

Es decir, de Beauvoir hizo praxis de aquello que gritaba a cuatro voces- sus denuncias a la sociedad patriarcal por el trato diferenciado a la mujer- pero en esta lucha no estuvo sola. En diferentes momentos de la historia hubo mujeres que levantaron su mismo estandarte, sencillamente, porque habían despertado de una larga noche de sumisión.

Así, desde aquellas primeras mujeres que en los albores de la Revolución Francesa hicieron sentir sus quejas y su esperanza de reivindicación en los “*Cahiers de doléances*” (Cuadernos de quejas), pasando por las sufragistas, las feministas de la década del 60 y del 70, hasta llegar a la actualidad del movimiento feminista, podemos pensar que, más allá de los espacios y épocas diferentes, un mismo denominador común las reúne -la comprensión de su condición femenina oprimida y el anhelo de constituir otra realidad, no excluyente, igualitariamente justa, donde se efectivicen opciones de vida y comportamientos alternativos a las exigencias de lo dominante.

Este será mi desafío, tender un puente de análisis sobre la condición femenina desde el pensamiento de Simone de Beauvoir -su obra el “El segundo sexo” se publica

en 1949, finales de la modernidad- hacia el inicio y, luego, la contemporaneidad del movimiento feminista.

De este modo, intentaré comprender, por un lado, cuáles fueron los puntos claves en la historia pasada de los que se sirvió la autora para desarrollar su análisis de la condición femenina, y, qué alternativas a lo existente concibió. Por otro lado, entender cómo continúa el movimiento feminista, en la posmodernidad, los planteamientos de Beauvoir, sea para seguir desarrollándolos o, para criticarlos oponiéndose a ellos.

“El segundo sexo”: una mirada crítica a la condición femenina

De Beauvoir comienza su obra con una cita de *Poulain de la Barre* -“*Todo lo que ha sido escrito por los hombres sobre las mujeres es sospechoso, ya que ellos son a la vez juez y parte*”. La elección de este pensador es muy significativa y para nada casual, la autora en su diálogo con el lector revela a través de esta cita, su concepción sobre las fuentes teóricas del feminismo. De Beauvoir se inscribe en la crítica ilustrada al prejuicio, abordaje que reafirmará durante toda su obra con un sin número de ideas fuerza, entre otras, la que abre este ensayo -“*No se nace mujer, se llega a serlo*”.

¿Pero porqué la elección de Poulain de la Barre?, este pensador cartesiano del siglo XVII, refleja en sus obras sus propias luchas contra el prejuicio enraizado en el ámbito social. Denuncia, fervientemente, la injusticia de un sistema que excluye a las mujeres de la educación, las profesiones y, en general, de cualquier actividad prestigiosa.

Poulain reclama la universalización de derechos, la igualdad para todos los seres humanos, y no sólo para la mitad de ellos.

En suma, su obra es la expresión temprana de las luchas femeninas llevadas a cabo durante la Ilustración, mujeres que en nombre de la razón juzgaban las costumbres de su época y reclamaban al Estado la tan mentada igualdad de derechos civiles y políticos

De Beauvoir cita a Poulain no sólo porque fue una de las piezas claves para la organización del feminismo moderno, la otra gran pieza estuvo representada por las mujeres y las feministas de la Revolución Francesa. Aunque es bien sabido que esta última significó una gran derrota para el feminismo. Las mujeres fueron acusadas de transgredir el camino que su propia naturaleza les demandaba- la maternidad y el matrimonio -y por esta razón se les niega la posibilidad de participar en la vida política.

Volviendo a la vinculación De Beauvoir y Poulain, la autora lo cita, además, y principalmente, porque es un predecesor de su línea de pensamiento, este posicionamiento la guiará en su camino de análisis de la condición femenina para poder deconstruir la forma en que se sigue concibiendo “lo Otro de lo humano”, desde su estar allí en la Modernidad.

¿Cuáles son, entonces, las condiciones propias de esta modernidad que en expresión de la autora han moldeado a la mujer por más de dos siglos? Estereotipando sus conductas a fuerza de tradición y costumbres, marcándole a fuego la senda que como mujer debe transitar, organizándole un universo de subjetividad-mujer que desde una edad muy temprana la sociedad se encargará de que introyecte.

Este universo las aguarda, pacientemente, para que penetren en él y, así, casi sin darse cuenta cada mujer hará propio su destino- no sólo el de ser mujer, sino y más que nada, portar y cumplir su condición femenina por mandato social.

Modernidad, nacida -como coinciden en señalar filósofos y críticos de la cultura, entre otros- en el siglo XVIII, heredera de los principios Ilustrados-

emancipatorios y positivistas. Caracterizada por el culto a la razón, la soberanía del sujeto -fundante, autónomo, consciente de sí, de la naturaleza y de la historia-, el ideal de progreso, el sentido de las grandes utopías, los ideales de igualdad, fraternidad y libertad, etcétera.

Sin embargo, la modernidad no se agota en estas características, se expandió aún más, resignificó los espacios sociales de lo femenino y lo masculino. Determinando así, que masculino es el espacio de la construcción de discursos, de lo público, de lo político y también de lo ético, de la producción cultural y simbólica, de los descubrimientos, de la ciencia y la filosofía.

En suma, masculino es el poder.

Femenino, en cambio, es el espacio privado, cerrado, el del matrimonio, de la maternidad, el de la vida hogareña y el trabajo doméstico.

En pocas palabras, femenino es el ámbito familiar.

Ahora bien, la modernidad no sólo escindió espacios también procuró darle reglas, permisos y prohibiciones a esos contextos y lo hizo a través del poder de los discursos- religiosos, científicos., morales y jurídicos. La palabra experta vehiculizaba la represión única forma de asegurar el funcionamiento de la gran maquinaria social, determinando, además, cuales eran los cánones de la normalidad o de la moralidad para la mujer.

Obviamente que estos principios estaban bien claros, normal para las mujeres era el matrimonio y la maternidad. Moral, la de ser el apoyo de la familia.

*...La inferioridad de la mujer proviene de que desde un comienzo se limitó a repetir la vida, en tanto que el hombre inventaba razones para vivir,..*¹. Qué es la vida para las mujeres, reflexiona Simone de Beauvoir, sino un perpetuo detenerse en un mismo lugar, asignado con anticipación.

Mujeres,... ¿Señoras de un reino? o ¿rehenes de su propia condición?, meras rehenes para la autora, sin protagonismo en la historia, ajenas de lo público y de las grandes empresas y si se quiere hasta de ellas mismas, pues su misión es la de salir de sí para dar. Darse a sus hijos como una misión sagrada, entregarse, adorar y cuidar de sus maridos, pero también, cuidar de sus hogares amorosamente, para que sea el ámbito donde sus esposos encuentren, después de sus actividades, el sosiego necesario. Estas también son misiones sagradas para toda mujer, es esto lo que se espera de ellas. Porque como bien lo expresa Frazer², *“los hombres hacen los dioses, y las mujeres los adoran”*.

Así, a medida que avanzamos en la lectura de “El segundo sexo”, de Beauvoir, nos sigue mostrando, cómo el mundo femenino se ha estructurado sobre las márgenes del masculino, moldeado sobre un conjunto de reglas, prohibiciones, principios de normalidad y deber ser, que generó en las mujeres un universo simbólico, materializado -en palabras de la autora- en la condición femenina.

Ante este escenario me pregunto, ¿cómo se plasma, entonces, el ideal igualitario, principio fuerza de la modernidad? Y, ¿cómo entender ante esta realidad de hecho, el concepto de sujeto moderno- autónomo, fundante, dominador de la naturaleza?

¿Acaso es este un conflicto de ideales en la modernidad? No, nada eso, y por esta razón las críticas de esta filósofa y de tantos otros pensadoras y pensadores.

La modernidad generó un proyecto del que las mujeres quedaron excluidas o ambiguamente incluídas, ausentes de los pactos de poder -políticos, sociales-, al margen de toda gestión, o negociación. Fuera de lo público. ¿Quién llevó, entonces, a la praxis la realización del sujeto moderno?, no fueron precisamente las mujeres. El discurso “falocentrista” se arrogó tal privilegio.

¹ De Beauvoir, Simone; El segundo sexo; Cátedra, Madrid, 1998, Pág.322

² op. .cit. pág.402

Al decir de la autora; *“las mujeres se han esforzado siempre, antes como ahora, en ligarse para afirmar un contrauniverso, pero todavía lo plantea desde la entraña misma del universo masculino”*³. Esta última reflexión de Beauvoir puede verse reflejado por ejemplo en el contexto de las propuestas de las ideologías socialistas. Las mujeres realizaban sus prácticas políticas, creaban departamentos femeninos y luchaban por reivindicaciones específicas pero siempre desde el lugar simbólico que el patriarcado les había asignado, es decir, no existía entre sus fundamentos cuestionamientos profundos de las relaciones de poder.

Fue así, que desde la conciencia de ese mundo cerrado- el mundo de lo femenino-, si se quiere desde la periferia del poderoso mundo discursivo masculino, comenzaron a alzarse las voces de mujeres feministas. Ellas, organizaron espacios independientes para elaborar teoría feminista y propuestas críticas y de transformación de ese universo cultural y simbólico masculino. Me refiero al movimiento feminista. En este punto se hace necesario diferenciar entre los movimientos de mujeres, del movimiento feminista.

Siguiendo a Ana de Miguel y Rosa Cobo⁴ - los movimientos de mujeres son aquellos en los que estas últimas han tenido un importante protagonismo en revueltas y movimientos sociales, pero no es lo mismo que movimiento feminista. El feminismo significa el paso del gesto individual al movimiento colectivo, como tradición teórica se articula en la modernidad y su objetivo es luchar contra la opresión de la mujer. La teoría feminista, además, se encuentra estrechamente ligada con el proyecto emancipador e igualitario de la Ilustración en cuanto constituyó sus primeras reivindicaciones como contestación a esa falsa ciudadanía y a esa falsa igualdad. Como lo mencionara anteriormente, es la línea crítica en la que se inscribió Simone de Beauvoir.

Reforzando el concepto de movimiento feminista y sus luchas contra la falsa igualdad, no puedo olvidar mencionar que desde el proyecto social de la ideología capitalista- siglo XIX- las mujeres proletarias fueron incorporadas masivamente al trabajo industrial. ¿Qué lectura debemos hacer del hecho?, ¿significó esto, acaso, que de una vez para siempre las mujeres habían lograda la tan mentada igualdad?

No, el nuevo sistema las incorporó porque eran mano de obra barata y más sumisa que la del hombre, por otro lado, el mundo femenino se encontraba escindido. En la clase ascendente, la burguesía, las mujeres se quedaron en sus hogares el que representaba símbolo de status y bienestar económico. Desde allí las mujeres comenzaron a organizarse en torno a la reivindicación del derecho al sufragio, las denominaron *“sufragistas”*, en realidad, su lucha abarcaba mucho más que el derecho por el voto, se abría camino hacia la universalidad de los valores democráticos y liberales.

El fin de las sufragistas no fue el deseado, muchas de ellas encontraron la muerte en prisión mientras defendían sus principios.

Es innegable, que el capitalismo alteró las relaciones entre hombres y mujeres al incorporar a estas últimas al trabajo, sin embargo Simone de Beauvoir, afirma *“No debe creerse que basta modificar la condición económica de las mujeres para transformarlas (...), si ese factor no entraña asimismo las consecuencias morales, sociales, culturales, etcétera, que anuncia y exige, la mujer nueva no podrá aparecer.”*⁵

Y así fue, aunque incorporada a la actividades productivas de su tiempo este hecho no marcó el cambio, no emergió la “mujer nueva”- como bien lo marca la autora- ni se transformó su condición femenina. Las mujeres participaron, en ese momento,

³ op. cit.pág, 398

⁴ De Miguel, Ana y Cobo, Rosa, “Implicaciones políticas del feminismo”, en Fernando Quesada, Filosofía política I, Trotta, Madrid, 1997.

⁵ op.cit.pág.538.

del proyecto cultural, y económico de la modernidad pero como un elemento más de la representación masculina del mundo- la mujer fue utilizada, consumida su fuerza-trabajo por conveniencia- una muestra más del poder masculino y su deseo de dominación.

Las mujeres que el sistema capitalista incorporó adquirieron un nuevo rol - fueron proveedoras económicas de su hogar- en realidad esto se transformó en un “además”, porque nunca perdieron su condición de madres y esposas, sino que “ganaron” -para ser sumado a sus otras actividades- el de ser trabajadoras externas con salario. De Beauvoir, afirma, “...La estructura social no ha sido profundamente modificada por la evolución de la mujer, el mundo que ha sido siempre de los hombres conserva aún la fisonomía que le han impreso. Es necesario no perder de vista estos hechos, que explican la complejidad de la cuestión del trabajo femenino.”⁶.

También expresa esta filósofa, “...para realizar grandes cosas lo que esencialmente necesita la mujer contemporánea es el olvido de sí misma; pero, para olvidarse, es necesario estar antes convencida de que ya se ha encontrado”⁷.

Esta es la condición que ha reunido y reúne -aún hoy en la actualidad- a todas las mujeres que integran el movimiento feminista, habiendo tomado conciencia de su posición de oprimidas, necesitaron salir de sí, deconstruirse, para poder reconstruirse como mujeres nuevas.

Y, si bien es cierto que en el contexto de la modernidad, las mujeres que lograron “reinventarse” a sí mismas formaron agrupaciones o movimientos feministas que finalmente terminaron por desarticularse porque sus metas eran específicas y una vez alcanzadas todo terminó. Esto no significó que el feminismo como movimiento no siguiera generando nuevas formas de existencia que den respuesta- desde distintas disciplinas -a una pregunta central- ¿cuál es el lugar que la mujer ha ocupado en la historia de la cultura occidental?.

A esta pregunta trata de dar respuesta las investigaciones del movimiento feminista posmoderno, partiendo de la premisa que si las mujeres no fuimos sujetos incluidos, totalmente, en el proyecto de la modernidad, ni tampoco fuimos protagonistas de su crisis. Entonces, la modernidad es un proyecto inacabado.

Llegados a este punto, algunas preguntas se hacen impostergables ¿cómo se articula el movimiento feminista en la posmodernidad?, ¿cuáles son los puntos de continuación y de ruptura que dicho movimiento presenta con respecto al análisis realizado por Simone de Beauvoir sobre la condición femenina?

Desde “El segundo sexo” hacia los planteos feministas en la posmodernidad

Luego de haber conseguido el voto, el movimiento feminista resurge a finales de los años sesenta. Este nuevo feminismo comienza a constituirse en una importante producción de conocimiento y de crítica y transformación del contexto cultural.

Para llevar a cabo ese proyecto que las reunía, las feministas construyeron conceptos y los incorporaron al lenguaje del análisis social, conceptos como patriarcado- definido como sistema de dominación sexual básico sobre el que se levantan el resto de las dominaciones como la raza y la clase. El concepto de género - expresa la construcción social de la feminidad-, el concepto de casta sexual -alude a la experiencia común de opresión vivida por todas las mujeres. Además, explicitaron la oposición espacio público/ espacio privado, realizaron propuestas de crítica y revisión de las identidades sexuales fijas, y también de construcción de una nueva subjetividad

⁶ op.cit. pág. 498.

⁷ op.cit. pág. 515.

mujer. Todo esto impactó de lleno, fortaleciendo, las luchas políticas femeninas, y ampliando significativamente el discurso feminista. La propuesta "lo privado es público" se generó, como construcción discursiva feminista, en ese momento permitiendo a las mujeres de distintos países conquistar leyes específicas como el divorcio, el aborto, la tenencia de los hijos, etcétera.

Por otro lado, este movimiento feminista también se opuso a la idea de una razón universal y sacra -herencia de la modernidad- en contraposición a ella propusieron revalorizar la experiencia, reivindicar el cuerpo y la teorización de las prácticas. Todo esto en pos de dotar al discurso de otras significaciones surgidas de formas alternativas al mundo discursivo moderno y masculino.

Es así como asistimos, en estas últimas décadas, a ver la ampliación que el feminismo igualitario de la modernidad ha producido, generando nuevos flancos de interpelación a la cultura patriarcal, proponiendo desde lógicas alternativas una deconstrucción de la historia occidental y universalista que ha excluido a las mujeres sistemáticamente.

Alicia Puleo⁸ -quien escribe a favor del feminismo de la igualdad- afirma, que el feminismo es plural a consecuencia de su expansión e integración académica. Lo importante es que entre sus diversas manifestaciones se de el diálogo, el análisis y la discusión. Aunque la autora es consciente de que muchas veces estas instancias se tornan difíciles de llevar a buen puerto, principalmente, cuando los posicionamientos de los que se parte son opuestos. Tal es el caso del feminismo de la diferencia frente al feminismo de la igualdad.

El pensamiento de esta autora -para quien el feminismo de la igualdad significa, libertad e igualdad de oportunidades para ambos sexos y el despertar de las individualidades, una vez que se hayan liberado tanto hombres y mujeres de los estereotipos de sexo- se puede sumar a la línea crítica de Simone de Beauvoir, en este sentido podemos decir que representa, junto a tantas otras pensadoras, su continuación ideológica.

Con respecto al feminismo de la diferencia, las feministas de la Librería de Milán encuentran en este concepto -el de diferencia sexual- un sentido extremo de libertad para las mujeres. Libertad en un doble sentido, por una parte, como posibilidad de escindir de las representaciones que, a lo largo de la historia occidental, ha realizado el sujeto masculino, de ser mujer. Y, por otro lado, libertad en el sentido de autogenerar una nueva representación desde la cual la mujer pueda resignificar el mundo.

En suma, el feminismo de la diferencia busca gestionar sus propuestas políticas y discursivas con la intención de positivizar la diferencia mujer, para tal fin ha complejizando el concepto de género como categoría de análisis de la historia, de la cultura, y de los funcionamientos sociales, y también ha profundizado la crítica cultural al patriarcado.

Para algunas pensadoras el feminismo de la diferencia representa, entonces, lo opuesto al de la igualdad, y en este sentido el primero se abriría de las teorizaciones hechas por la autora que nos ocupa -Simone de Beauvoir. Para otras, en cambio, no habría tal oposición, así lo ratifica por ejemplo, Justa Montero -de la Asamblea Feminista de Madrid- quien concibe que la existencia de diferencias y su reconocimiento no anula las semejanzas que comparten las mujeres. De este contexto, también formarían parte, entonces, las conceptualizaciones que expresa la filósofa existencialista en el "El segundo sexo", pero formando parte de un universo más vasto que no excluye la existencia de las diferencias.

⁸ Puleo, Alicia; El feminismo radical de los setenta: Kate Millet; en Celia Amorós (Coor.) Historia de la teoría feminista, Madrid, Universidad Complutense-Dirección General de la Mujer, 1994.

En otra línea de investigación, Celia Amorós plantea que el reto actual del feminismo es el hacerse cargo de la globalización. La autora no cree ni en la Diferencia con mayúscula, ni en la pulverización del sujeto del movimiento feminista. No adhiere al feminismo de la diferencia pues afirma que no puede recuperarse lo que a lo largo de la historia algunas pensadoras de la diferencia sexual interpretan como la emergencia de una identidad genuina y autoconstituyente. Para ella tal identidad no representa más que un mito ya que todas las identidades son construidas y negociadas en una tensión entre las designaciones de que las hacen objeto los dominadores y una autodesignación siempre tentativa.

Y, con respecto al feminismo de la igualdad, considera que el sujeto de dicho movimiento está siempre en precaria construcción.

Por todo esto su propuesta acerca del nuevo desafío que hoy debe afrontar el movimiento feminista, y así lo expresa en su obra "Tiempo de feminismo", es la multiculturalidad.

Multiculturalidad orientada en el sentido de una interculturalidad, donde estén implicadas tanto las mujeres occidentales como las del Tercer mundo. Lo común que todas ellas han padecido, más allá de las diferencias, es la dominación – que aunque con matices distintos posee, sin embargo, claves comunes.

El planteo de Celia Amorós sobre el alcance del feminismo, hoy, abre una nueva vía de análisis en el movimiento. Llegados a este punto me pregunto, ¿es posible considerar una verdadera ruptura teórica con las ideas vertidas por Simone de Beauvoir en "El segundo sexo"?, más aún, ¿debemos pensar que las distintas manifestaciones del feminismo- de la modernidad a la posmodernidad- son expresiones totalmente diferenciadas unas de otras?

Consideraciones finales

Es innegable que el movimiento feminista no posee un único discurso, esto quedó plasmado en las páginas de este ensayo a través de las distintas propuestas que a lo largo de la historia occidental -moderna y posmoderna- emergieron desde el feminismo. Además, es importante aclarar que las dos teorías feministas que fueron presentadas en este trabajo como representaciones del movimiento en la posmodernidad, son sólo una muestra ya que su explicitación no agota la diversidad de las propuestas contemporáneas.

Los discursos del movimiento se diversifican porque responden cada uno de ellos a construcciones de la realidad- mujer distintos, por ende, sus teorías serán diferentes, así como también, sus planteos de lucha y el acento sobre las vindicaciones que sobre la condición femenina deben llevarse a cabo.

Desde este contexto podemos afirmar que existen diferencias entre los planteos feministas de Celia Amorós y los de Simone de Beauvoir, en el mismo sentido, también se advierte la diferencia discursiva entre esta última filósofa existencialista y las opiniones vertidas por las feministas de la Librería de Milán, por ejemplo.

Ahora bien, ¿existen sólo diferencias una vez que se analizan sus discursos?, o, ¿podría pensarse una esencia común subyacente en todos ellos?

Creo, que se podría pensar que más allá de las diferencias existe un denominador común que reúne al debate feminista, en general -lleve el movimiento el nombre que fuere, igualitario, de la diferencia, cultural, ecologista, etcétera-, y es su interpelación por la condición femenina. Es decir, su toma de conciencia de la opresión de la mujer y su lucha por la modificación de tal condición.

El feminismo, moderno o posmoderno, rescata con sus luchas el lugar de la utopía porque se abre camino a través de los distintos discursos desde un espacio

negado para las mujeres. Espacio que se inscribe en lo público, donde se hallan los núcleos de poder, de lo dominante y masculino.

Las vindicaciones a la condición femenina que avizora el movimiento feminista no se cierran con lo expresado anteriormente, continúan en el reconocimiento de la necesidad de generar un cambio simbólico en el universo de la subjetividad-mujer.

Es decir, hacer lo imposible por generar un universo de subjetividad- mujer desde una lógica alternativa a la cultura dominante, donde se tenga en cuenta la corporalidad, la palabra, el imaginario femenino, entre otras consideraciones, y, de esta forma, lograr la resignificación social que tanto anhelan.

Es este el camino que abrieron las mujeres de la Revolución Francesa, las Sufragistas- mencionando sólo algunas mujeres concientizadas de su condición- y continuaron Simone de Beauvoir, Betty Friedan, Shulamith Firestone, Juliet Millet, Celia Amorós, Alicia Puleo, Justa Montero, Lia Cigarini, y la lista podría seguir muchísimo más.

Todas ellas, y tantas más, aúnan el pasado y el presente del movimiento feminista. Reunidas -más allá de la variedad de discursos- en torno a un mismo objetivo común, deconstruir la condición femenina, material y simbólicamente, para que sea posible pensar en una civilización humana más justa y plena.

Por último, fue este mismo principio común que, además, me permitió tender un puente de análisis a través de las páginas de "*El segundo sexo*", identificando continuidades y rupturas a lo largo de la historia del movimiento feminista.

Bibliografía

- Amorós, Celia; Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad, cátedra, Madrid, 1997.
- Beauvoir, Simone de; El segundo sexo, Cátedra, Madrid, 1998.
- Feminismo: Entre la Igualdad y la Diferencia. Dossier de *El Viejo Topo*. Nº 73. Marzo de 1994.
- Miguel, Ana de y Cobo, Rosa; Implicaciones políticas del feminismo; en Fernando Quesada, Filosofía política I: Ideas políticas y Movimientos sociales, Trotta, Madrid, 1997.
- Puleo, Alicia; El feminismo radical de los setenta: Kate Millet, en Celia Amorós (Coord.), Historia de la teoría feminista, Universidad Complutense-Dirección General de la Mujer, Madrid, 1994.